

SEQUÉN-MÓNCHÉZ, *Alexánder: El cálculo egoísta. Inmigración y racismo en la España del siglo XXI*, Trotta, Madrid, 2010, 222 págs.

La pavorosa crisis que ha caído, tan implacable como injustamente, sobre la vida de los ciudadanos de este país (como de Europa y más allá) ha convertido de nuevo a la inmigración en una cuestión candente, polémica y problemática, en blanco del ciego impulso de la dominación y la exclusión, que ha puesto en evidencia la “vigencia racista” (p. 97) en nuestra sociedad. Y del impacto de este rebrote del impulso racista surgió el libro que ahora presentamos.

Un libro agudo en sus análisis y clarividente en su mirada, que desenmascara y denuncia esa *vigencia racista*, sus formas, justificaciones y legitimaciones ideológicas, en la consideración y el tratamiento que se ha venido haciendo del fenómeno de la inmigración en nuestro país, agravada desde el acoso de la crisis. Un libro, además, escrito por alguien que no contempla la inmigración desde fuera, sino que la desentraña desde dentro, pues él mismo es un inmigrante. Rompiendo con el prejuicio racista que niega al inmigrante la capacidad y el derecho de juzgar la inmigración (“en los grandes debates que nos conciernen, carecemos de voz” p. 47), Sequén-Mónchéz se adentra con gran agudeza en la amplia y compleja realidad de la inmigración en España, pero también a nivel mundial, para mostrar sus diversos orígenes, sus motivaciones y trayectorias, para sacar a la luz y denunciar sus dramas, para desmontar los mitos y las lecturas ideológicas que se han levantado sobre ella, sesgando su realidad o desfigurándola directamente. Y lo hace enhebrando con sorprendente capacidad e inteligencia amplios y penetrantes conocimientos de historia, sociología, psicología, economía, política, derecho y filosofía, expresado además en un lenguaje rico, incluso elegante, y transparente, y a la vez con un notable rigor científico.

Pero el hilo rojo de este importante trabajo de investigación e interpretación es, como queda dicho, rastrear en el entramado de esta compleja realidad con el lenguaje que la expresa, con las lecturas y los estudios de ella se han hecho, con las políticas que han pretendido afrontarla, con las interpretaciones ideológicas a las que ha sido sometida..., la *vigencia del impulso racista* que la ha desfigurado y ha impedido entenderla serena y verazmente y encontrar las políticas correctas para darle una respuesta justa y humana.

El libro está dividido en tres tiempos. Se analizan, en primer lugar, “los estilos del racista”, es decir, las múltiples formas en que se expresa, abierta o veladamente, la *vigencia racista*, a nivel del hombre de la calle y a nivel intelectual, científico o literario. Sigue a continuación un desmontaje crítico de las lecturas del hecho migratorio que tratan de justificar el rechazo o la manipulación interesada (*racista*) de los inmigrantes, incluso por parte de insignes teóricos de nuestras sociedades democráticas y pluralistas. Y en un tercer momento se afrontan, y también se desmontan, las interpretaciones ideológicas que se han elaborado del complejo

fenómeno de la inmigración y que han servido para justificar políticas cuando menos problemáticas, cuando no discriminatorias o abiertamente *racistas*.

A lo largo de esos tres momentos, el autor enfrenta a estas lecturas sesgadas y a esas políticas velada o abiertamente *racistas* la motivación de fondo de la inmigración, el *cálculo egoísta* que impulsa y guía al inmigrante a aventurarse a la arriesgada empresa de buscar futuro a su existencia y a la de los suyos. Un *cálculo egoísta* muy diferente del que se hace el poder de turno, que trata de sortearla, acallarla o vencerla.

1. Los *estilos del racista* son múltiples y complejos, a veces burdos, a veces ocultos y refinados. Uno de los más frecuentes es negarlo como tal y así justificarlo, bagatelizándolo. Por ejemplo, en el *lenguaje*, que es como el termómetro que marca la temperatura de la *vigencia racista* (p. 15). El lenguaje frente a *los otros*, al *diferente* (negro, gitano, árabe/musulmán, latinoamericano..., no así al alemán o inglés, a no ser que sean negros...). Un lenguaje vejatorio (insulto) que trata al otro como *inferior* y que está sin embargo normalizado y justificado, incluso como expresión humorística, en la sociedad. Muy especialmente en España. No es que ésta sea racista, pero sí es más permisiva en este lenguaje (p. 18). Y, ya lo sabemos, el lenguaje es toda una “teoría del conocimiento” (p. 20).

A partir de los años 70 y 80 del siglo pasado se ha dado un corrimiento en el racismo: del basado en la 'diferencia biológica' al basado en la 'diferencia cultural'. Es el denominado *neoracismo* (Barker, Taguieff, Todorov), que no es tan “puro y duro” como el racismo del odio al *judío* (pp. 23s). Un racismo, al parecer, más suave, sin pretensiones científicas y sin finalidad 'eliminadora', solo excluyente... Pero Sequén-Mónchez rechaza, con razón, esta pretendida diferencia, sosteniendo abiertamente que “la esencia racista no varía” (p. 25). No hay racismo “puro y duro” (Savater), sino racismo, sin más. El *neoracismo* es el racismo de siempre, el racismo que sostiene, de una forma u otra, la *inferioridad del otro, del diferente*, y que no se contenta con su exclusión, sino que tiende, en lo posible, “a eliminar al blanco de su intolerancia” (p. 27)

Lo nuevo del racismo nazi fue que aplicó a él la “racionalidad industrializada”, traición de la modernidad. Pero singularidad de ese racismo, sostiene con razón el autor, no lo hace “irrepetible” (p. 25). Ha habido multitud de genocidios y holocaustos en el siglo XX y en lo que llevamos del siglo XXI que se ceban en los *inmigrantes*. El racismo no golpea solo al judío, precisa extender su odio al “otro”, al “diferente”. “El 'antijudío', por su naturaleza destructiva, armoniza al 'antinegro', 'antiindio', 'antimusulmán, y más” (p. 32). A pesar de toda la retórica antirracista Europa, “el racismo está en ascenso” (p. 29) aprovechando cínicamente las libertades cívicas de la democracia. Y a pesar de que la legislación, también la española,

contiene una “Ley contra la violencia, el racismo, la xenofobia y la intolerancia”, la práctica racista “circula con bastante impunidad” (p. 34; cf. p. 92).

Este es, piensa el autor, uno de los dilemas de las jóvenes democracias salidas de una dictadura: “cómo operar el imperio de la ley sin lesionar los derechos de los ciudadanos” (p. 46). Por ejemplo, la libertad de expresión y organización. De ahí el “laxo alcance penal” que se traduce en una también laxa tolerancia frente a síntomas racistas. De lo que no adolece solamente nuestro país: hasta el mismo Z. Todorov, que en *El hombre desplazado* (1998) sostenía que “en democracia no se le puede prohibir a la gente pensar a su antojo”, diez años más tarde, en *El miedo a los bárbaros*, enmendó su postura afirmando claramente que “jamás hablamos de censura cuando se prohíbe incitar al odio racial.” (p. 35). Pero aún se da repetidamente el caso de que jueces no apliquen, en hechos de violencia racista, el “agravante de responsabilidad” que la propia Ley considera pertinente.

Por tanto, una vez más, puede decirse según Sequén-Mónchez que España, sobre todo a partir de la instauración de la democracia, no ha sido un país racista, salvo casos individuales especialmente lamentables, como el grotesco racismo de Sánchez Dragó o el pedante de Pérez Reverte (pp. 39s, 52s); pero existen sin duda “numerosos factores que la encaminan a esa pesadumbre” (p. 49). Y son “hábitos cotidianos”, matices de la lengua, tópicos y estereotipos, más que actuaciones del Estado, salvo también alguna excepción individual, no menos lamentable, de algún representante del Estado, como el fiscal E. Peña cuando en medio de un juicio dijo en voz alta: “Abrid las ventanas que la negra huele mal” (ibid.). España no es racista, pero su realidad es preocupante, cuando, por otra parte, pretender hacer de España un “enclave segregacionista” es ir directamente en contra de y negar su “composición multicultural” (p. 50).

2. Ahondando en la densa realidad del racismo, el autor pasa a desenmascarar las secretas o abiertas justificaciones del mismo aplicado al mundo de la inmigración. Por ejemplo, como no podía ser menos, el caso del afamado politólogo G. Sartori, en su conocido libro *La sociedad multiétnica*. En él sostiene, en efecto, que, a diferencia de Estados Unidos adonde llegaron nacionalidades a formar una nación, a Europa llegan desde las colonias no más que “sobras antropológicas”: “indígenas pre-modernos, negros famélicos y musulmanes terroristas” (p. 67). La filósofa húngara ex-marxista Agnes Heller expresó en su artículo *Diez tesis sobre la inmigración* la chirriante dicotomía: “solo se tiene derecho a emigrar, garantía política y jurídica que se esfuma al inmigrar” (ibid.). Y los nacionalistas se agarran a ella para descalificar a los inmigrantes. ¿Qué tenemos entre nosotros? Tenemos a despreciados, desechados, innecesarios... que se han colado ¡a la fiesta! Gorriones que huyendo de la escasez, la pobreza y el miedo que reinan en sus sociedades de

origen, *sociedades desalentadoras*, se han colado en nuestras sociedades situadas, *sociedades puerto*, para estrujar la ubre del bienestar.

Pero nada más molesto como que *extraños* disfruten de la tarta, del mismo espacio... Por eso, control y mano dura. A no ser que entren por la puerta de servicio y hagan el trabajo sucio y sirvan la mesa: “la servidumbre discreta y barata será bienvenida” (p. 69). Solo que llega un momento en que el inmigrante reclama aparecer en el espacio y se despoja del manto de la sumisión: entonces, inevitablemente, el conflicto está servido. Inmigrantes, no –turistas (dinero), sí; exóticos, sí– vecinos (subdesarrollo), no.

Hasta tal punto ha cundido esta mirada descalificadora e interesada de la inmigración, que hasta afamados pensadores, como el propio y ya citado G. Sartori, han llegado a establecer la atrevida tesis de la *provocación* del racismo por parte de los mismos inmigrantes: “el verdadero racismo es el de quien *provoca* el racismo” (p. 74) (entrevista realizada a Sartori por Hermann Tertsch).

De modo que, subraya con toda fuerza e ironía Sequén-Mónchez, “el inmigrante es el agente provocador del siglo XXI” (p. 75). Y el racista, pobre racista: es un 'provocado', y tiene todo el derecho del mundo a proclamarlo libremente en su “propiedad”, es decir, en su nación, “quintaesencia del derecho de propiedad”: los nacionalistas no desean ser racistas, pero “la multitud de culturas que los *inmigran invaden* crea un detonante justificador” (ibíd.).

Esta es la “justificación” que ha originado una vergonzosa lista de historias de racismo y xenofobia en este país, desde la temprana 'provocación' de Lucrecia Pérez y su asesinato en 1992 hasta la descarada paliza a la joven inmigrante ecuatoriana en el tren de Barcelona a Martorell en octubre de 2002, por parte de un joven español, a quien también se le exculpó en el juicio del agravante de racismo y xenofobia.

Pero lo más preocupante, advierte el autor, es que esa 'mentalidad' se ha colado hasta en el Diccionario de la Real Academia Española (DRAE), donde racismo es definido justamente como: “Exacerbación del sentido racial de un grupo étnico, especialmente cuando convive con otro u otros”. Quiere decir, en efecto, que el racismo viene *provocado por* la convivencia con otros, con diferentes. Y esto es lo insostenible. Con toda contundencia y clarividencia afirma Sequén-Mónchez: se es racista, no porque uno es provocado, sino porque “se descrea en la igualdad humana” (p. 99). El delirio de la “superioridad” de la propia raza está en el origen de todo racismo, que por eso se expresa y actúa “inferiorizando” al otro, al diferente, en el odio al otro reducido a inferior, en el odio, incluso, “al goce del otro” (p. 95), al “goce sin poder”, como habían señalado ya Horkheimer y Adorno en el capítulo sobre el *Antisemitismo* en la *Dialéctica de la Ilustración*. Y en cuanto tal, el racismo es

la fuente de todo genocidio y fanatismo, de toda discriminación y xenofobia (p. 91). Ahí radica la “vigencia racista” (p. 97).

3. Esta vigencia descansa y se refuerza en las, a veces burdas, a veces sutiles, *ideologizaciones sobre el desplazamiento* que los defensores del sistema y sus ideólogos construyen y difunden. Frente a todas ellas, que el autor desmonta en el tercer capítulo de su libro, deja establecida desde el principio la idea clave y certera de la inmigración: como señaló de forma clarividente Enzensberger en *La gran emigración*, la inmigración responde al “reclamo de una promesa” (p. 117). La inmigración implica una búsqueda de libertad, de ciudadanía, de vida: los que emigran están cansados de esperar en su país de origen, cansados de “desesperar”, abandonan finalmente su país “porque han sido abandonados por sus Estados” y emigran... “para vivir” (p. 119). Por eso, cuando Europa, y España en concreto, la *sociedad puerto*, obstruye su entrada, o introduce una “ciudadanía revocable” (Sartori), o finalmente los rechaza como ‘*metecos*’, cierra el círculo de la exclusión y remeda lo peor de la sociedad griega, origen de la democracia: “Un régimen que se arroga el derecho de expedir y derogar la ciudadanía no es una democracia... Quien reclama ciudadanos *desechables* algún día exigirá la restauración de la esclavitud” (p. 120), advierte lúcidamente el autor.

La “desesperación” en el origen del desplazamiento inmigratorio desmonta ya, de entrada, una de las *ideologizaciones* más perniciosas del mismo: el denominado “*síndrome de Ulises*” (Achótegui), que considera la inmigración como “una patología” (p. 125), un estado de estrés insuperable que impide la adaptación de los inmigrantes a la nueva realidad de la *sociedad puerto*. Pero no es estrés, sino desesperación, y atañe al que no emigra tanto como al que emigra. La inmigración no es un “objeto clínico”, sino “una de las expresiones naturales de la humanidad” (p. 127), impulsada por la injusticia de su país de origen, que no le garantiza el derecho a la vida.

Pero de mayor calado aún es la justificación *ideológica* del rechazo a la inmigración en la teoría del denominado “*efecto llamada*” (*Magnetic effect*), del teórico, gran ideólogo, G.J. Borjas, cubano afincado en EEUU. En esencia, esta teoría sostiene que el inmigrante es “atraído” por la *sociedad puerto* en razón de su *bienestar*, más que por el propio trabajo, y esa atracción los convierte, finalmente, en *vividores* a cargo del Estado, en “*sanguijuelas*” pegadas a la ubre generosa del mismo (p. 133).

Nada sorprende que los ideólogos antiinmigración, de todos conocidos entre nosotros, se aferren a esta teoría como a un verdadero dogma. Pero es un dogma que desfigura clamorosa e interesadamente la realidad de la inmigración. Es falso —sostiene con toda fuerza y razón, con datos en la mano, el autor de este lúcido

estudio— que la inmigración responda al atractivo del estado de Bienestar. Y es solo media verdad que se rija por las leyes del mercado: más bien solo si son llamados “desde arriba”, desde las propias empresas, no si vienen por ellos mismos. Porque a la deslocalización de las empresas ha seguido una deslocalización de la mano de obra según exclusivos interés empresariales. De ahí que las políticas al respecto sean crudamente “cínicas”: “Al inmigrante hay que subemplearlo, marginarlo, endeudarlo, echarle la culpa de los desórdenes sociales, decirle adiós y, de nuevo, ¡bienvenido seas! El juego atracción-repulsión del trabajador, de la persona, constituye el oscuro incentivo con el que el poder económico trata de maximizar sus dividendos” (p. 140)

La teoría del *efecto llamada* desdibuja interesadamente las motivaciones de la inmigración. El inmigrante se pone en movimiento impulsado por algo más que por la búsqueda “de un trabajo o de un mejor salario”. De mirar limpiamente, asegura Sequén-Mónchez, descubriremos que “la utopía ciudadana es inmensamente superior a la utopía burguesa. Estar aquí y no allá por la necesidad de ser”. Y concluye: “El verdadero fundamento de la inmigración es la lucha por lo digno” (ibíd.).

Concluye y continúa explicitando esta lúcida convicción: los inmigrantes no son “presencias *desechables*”. Los inmigrantes son, más bien, “una energía creadora” y merecen otros adjetivos que los que les cuelga la ideología: no son “gorrones”, y menos “sanguijuelas”, sino: “pioneros, reforzadores, optimistas, trabajadores”... (p. 141). En contra de lo que piensa Borjas (y otros ideólogos de los *think tank* en los que se *paga por pensar*), no quieren beneficencia, sino tutela político-jurídica y ganarse el pan con su trabajo. Y no pretenden colgarse gorrónamente de la ubre del Estado, pues contribuyen *fiscalmente* al mismo, como cualquier trabajador (*ibid.*).

La curva de la *ideologización* del fenómeno migratorio la extrema, con todo, sostiene acertadamente Sequén-Mónchez, el ideólogo del *choque de civilizaciones*, Samuel P. Huntington. Junto con Chris Parry, contralmirante del Ministerio de Defensa británico, considera la inmigración como un “*colonización inversa*”: “colonizados que colonizan, conquistados que conquistan” (p. 143), poniendo en peligro la sustancia de la cultura y la identidad nativa; es decir, su “superioridad”. Inmigración, pues, como “*invasión demográfica*”. Y cultura e identidad, la de los blancos, anglosajones y protestantes: la cultura WASP. Solo ella merece todos los derechos. Homogeneidad racial y religiosa. Lo otro, lo diferente, es lo que viene a poner en peligro ese tesoro. Es el enemigo, que ahora, derrotado el comunismo, lo encarna el islam y la inmigración: México. Islam y catolicismo, no compaginables con el capitalismo, entraña de la cultura WASP.

El racismo de la postura de Huntington no es ya solo evidente, sino provocador. Y además, ignorante, interesadamente ignorante. Como el de Borjas y Parry. Ese racismo ignora, mejor, escamotea, remarca Sequén-Mónchez, un dato básico: que “gran parte de los inmigrantes de los que ahora pretenden deshacerse, por ley o por la fuerza, son elaboraciones suyas”, producto de las actuaciones de EEUU, como ha mostrado Zelinsky (p. 161).

La realidad de “*calculo egoísta*” que motiva y guía la marcha de los inmigrantes es, en cambio, muy otra. Sus decisiones se basan siempre en la percepción del equilibrio de ventajas/desventajas. Pero no responde, sin más, a la lógica de coste/beneficio, sino también a “una voluntad de romper con una realidad de frustraciones y temores invencibles” (p. 164). El acto inmigrante significa “haber colocado sus derechos y aspiraciones por encima de la política que los anulan sistemáticamente como personas” (ibíd.). Su *calculo egoísta* no tiene que ver con “el mal del yo” (Zizek), “un egoísmo friamente calculado para superar al otro” (ibíd.); y tampoco equivale “a mojarse los dedos para contar billetes” o venir “a esquilmar las redes sanitarias y de educación” (ibíd.). No es el cálculo del gorrón, sino el *calculo del emprendedor*: “los inmigrantes son emprendedores”.

El *calculo egoísta* del inmigrante es, efectivamente, una organización de las ilusiones. El inmigrante rompe con su país porque es una *sociedad desalentadora*: un país para nacer, pero no para morir. Y su salto es gratificante y compensador comparado con lo que deja atrás. Pero el inmigrante no es un sujeto pasivo, vampirizador, sino activo, trabajador, que se gana las oportunidades “a pulso” (p. 166). Su *calculo egoísta* es un cálculo *racional*: “Como no pueden cambiar su país, y temiendo lo peor, cambian de país” (p. 171). Un cambio que también tiene importantes repercusiones positivas para las *sociedades puerto*. Es falso, ya lo ha dicho, que los inmigrantes vengan para estrujar la ubre del Estado de Bienestar, en contra de las afirmaciones que se hicieron por parte de relevantes políticos conservadores, por ejemplo, sobre los ecuatorianos. Precisamente el caso de los ecuatorianos pone de relieve la interesada ignorancia y el cinismo de tales declaraciones. Se olvida conscientemente que esas oleadas migratorias fueron motivadas en gran medida por la política económica impuesta al país por el FMI. Y no se toma en cuenta que, mientras por cada español que recibe una pensión trabajan, según las encuestas de 2006, 3 españoles, por cada ecuatoriano que recibe una pensión hay 30 ecuatorianos trabajando. La conclusión es evidente y desmonta la orquestada desfiguración *ideológica* de la inmigración: “Sin su presencia –advierte el autor–, lo que hubiese colapsado en España no son la salud ni la educación pública, sino el sistema de pensiones.” (p. 187)

Resultan por eso para él tanto más injustos y preocupantes los actuales procesos de “criminalización de la inmigración” en nuestras sociedades democráticas avanzadas, que estigmatizan a los inmigrantes con la condición *delictiva* (p. 191). Procesos, es verdad, originados en América y en Europa, pero con fuerte incidencia en nuestro país, agravados, además, con la crisis actual. De ahí la urgencia que han adquirido en los últimos tiempos, especialmente en las políticas conservadoras, la *reforma* de la Ley de extranjería, incluyendo incluso la “penalización de la hospitalidad” (p. 212), o el empeño por la *integración* de las comunidades inmigrantes en la cultura y las costumbres de la *sociedad puero* (¿también en las fiestas de los toros alanceados y de las cabras despeñadas...de la España rancia?), sellado en un “*Contrato de integración*” que evoca un preocupante sentido más cercano a la *asimilación* que a una genuina educación para la ciudadanía... (pp. 203ss.). Y, finalmente, para cerrar el círculo, el proceso de ejecución de la “*ciudadanía revocable*” sugerida por Sartori, el proceso de larvada o manifiesta expulsión de emigrantes bajo la máscara de una invitación al retorno pactado a sus países de origen. Proceso que tomó cuerpo, en 2008, en la tristemente famosa “*Directiva de retorno*”, cuyo verdadero nombre expresa mejor su contenido y objetivos: “*Directiva sobre Expulsión de Inmigrantes y Deportación de Menores*” (pp. 210ss.).

Los ideólogos de esta “*Directiva de retorno*” son los mismos que los del “*Contrato de integración*”. Gente relevante del país que –advierte sin temor el autor del libro– “eluden, hasta el insulto, la existencia de la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*” (p. 213). La clave de ello está en su *cálculo egoísta*, que es, como señalamos más arriba, muy diferente del *cálculo egoísta* de los inmigrantes. El *cálculo* de los ideólogos es *egoísta* e *irracional*, dice Sequén-Mónchez, porque reduce “la dignidad humana (a) un simple valor de cambio”, para decirlo con las palabras críticas de Marx y Engels (p. 192).

Los mismos ideólogos proponen también volver, en esta misma tendencia, al concepto alemán de inmigrante como *Gastarbeiter*, *trabajador huésped*, de los años 60. Pero no es más que otro error del *cálculo egoísta* que reduce al ser humano a mera “fuerza laboral”. No resultará tampoco: “Llamamos mano de obra y llegaron personas”, advirtió entonces con toda lucidez el arquitecto y escritor suizo Max Frish. Y eso es lo que el sistema político y económico no soporta y lo que ha vuelto a repetirse, denuncia ahora el autor en este excelente libro.

Su denuncia enlaza, en feliz coincidencia, con la misma que elevara ya también un emigrante, esta vez español, en Alemania, en aquellos tiempos del *Gastarbeiter*, Javier Dominguez, en su libro pionero *El hombre como mercancía: españoles en Alemania*.

Como latinoamericano, Sequén-Mónchez lamenta, además, y es digno de reseñar para cerrar esta recensión, que ese trato injusto, sesgado y egoísta de la inmigración termine impidiendo que ella, precisamente la inmigración, pudiera cerrar el círculo de una genuina recuperación del pasado: una “reconciliación con la idea del mundo que ideó España” (p. 217). “Nuestra época –añadía (2010)– es la indicada para rectificar” (ibíd.). Este libro aporta excelente información y muy buenos argumentos para ello.

Juan José Sánchez

jjosesb.cm@fundacionsepi.es